

Martin Sinister

**What's
up,
Doom?**





Presenta

Colección  A sangre



What's up, Doom?

Martin Sinister – Pedro Belushi

Créditos:

What's up, Doom?

Primera edición: abril 2016

Código: 978-540003863505-0053

Autor: Martin Sinister

Ilustraciones: Pedro Belushi

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Capítulo 1: Breve encuentro

Albert Rommer miraba por la ventana del despacho esperando su cita con la encargada de recursos humanos de Megazot. Era un especialista en matar el tiempo, mientras que los demás se dedicaban a hacer el trabajo sucio. Lo tenía muy claro: él no iba a mancharse las manos con tareas impropias e indignas de su posición y rango. Lo suyo era pensar, planificar, diseñar estrategias, asistir a simposios y dejar su discurso potenciando su imagen de marca.

Tenía bien aprendidas las palabras y las coletillas adecuadas para demostrar que era un gran profesional: el *brainstorming* y los diagramas DAFO, el *main core*, el *branding*, el SEO, el *deadline* y terminología críptica de la que a veces desconocía su verdadero significado. Pero, ¿es que hay alguien que las conozca todas de verdad? Y sobre todo, sobre todo, se esforzaba por transmitir a sus superiores el mensaje principal: *El merito es de todos*. ¡Qué satisfecho se sentía cuando podía meter esa frase en una conversación! Sus jefes lo miraban y él sabía lo que pensaban: que todo lo había hecho Albert y que lo com-

partía con su equipo, esos pobrecillos que no sabrían ni ir a mear si no fuera por su sabia dirección.

El éxito, ya se sabe, es cuestión de proporciones. Lo que pasa es que Albert no decía en qué proporción se hacían las cosas. Se le olvidaba mencionar, bendita amnesia, que sabía (casi intuía como un sexto sentido arácnido) cuándo sus superiores iban a aparecer por los despachos y salas de prueba. Entonces, en una ceremonia perfeccionada a lo largo de los años, se desabotonaba el botón superior de su camisa, se soltaba un poco la corbata y se arremangaba para demostrar, con gestos estudiadamente cuidados pero sin un pelo fuera de su sitio (la imagen lo es todo), su esfuerzo, su implicación y su responsabilidad en el proyecto. No decía las noches que los miembros de su equipo se quedaban hasta las tantas, incluidos fines de semana y vacaciones, para cumplir con los plazos que él había prometido alegremente en las reuniones de seguimiento. Qué mas daba que los miembros de su equipo le dijeran que no había tiempo material de lograrlo, o que había vendido una moto sin ruedas. Qué sabrían ellos del mundo de la alta empresa si eran unos pobrecitos curritos. A los vagos hay que arrearles para que trabajen. No le valían excusas. Se las sabía todas. Algu-

nas hasta, posiblemente, las hubiera inventado él. Era cocinero antes que fraile y no se la daban con queso, puestos a refranear.

Lo tenía muy claro desde su tierna infancia en la que sobornaba a sus compañeros de clase para “tomar prestados” sus trabajos y obtener las mejores notas. Tenía fama de niño prodigio y nunca quiso sacar de su error a sus profesores y familia. La fama le precedía y eso le permitía escalar posiciones. Su meta: llegar a lo más alto (y si este límite lo ponía su ambición, nunca alcanzaría su objetivo). Y si alguien se ponía en su camino, peor para él. Todos eran peones en su gran partida de ajedrez social. Todos eran prescindibles.

Aunque todos tenían que tener una zanahoria para seguirlo. Tenía que motivarlos, engatusarlos como el encantador de serpientes que era. Cuando llegaba a un nuevo puesto, reunía a su personal y, con su mejor sonrisa, les soltaba El Discurso: Somos un equipo y todos tenemos que hacer nuestra parte. Como un equipo de baloncesto, todos somos partes de una cadena, eslabones de profesionales unidos como una piña. Si conseguimos los objetivos, triunfaremos y todos nos beneficiaremos. Cualquier cosa

que necesitéis, cualquier duda, aquí estoy. Podéis confiar en mí.

De esa forma se había beneficiado de muchas ideas ajenas que había presentado como propias, aupándose a nuevos puestos, un granito más en su castillo de poder. La mayoría de las veces los dueños de esas ideas callaban. Sabían que no tenían ninguna posibilidad de que les creyeran. Era la palabra de Albert contra la de ellos. Juicio sentenciado antes de celebrarse. Suceso seguro. Si alguno, estúpido él, se atrevía a perseverar en ese “loco delirio”, Albert en persona se encargaba de “reprenderlo y encaminarlo” (léase *aplstarlo y destruirlo*), de crear los rumores pertinentes en los círculos adecuados, de pretender “ayudar” a ese pobre empleado con “ínfulas de grandeza” que se “imaginaba” que la idea era suya. Inexorable y paternalmente acompañaba al “conflictivo compañero” hasta el borde del abismo y con un apretón de manos (y su siempre encantadora sonrisa) lo empujaba. Más de uno se había topado con la “amistad” de Albert y más de uno había engrosado las listas negras con empleados conflictivos que corren entre las empresas. Eran apestados que ya no volverían a trabajar en ese ámbito (y tal vez en ningún otro). Estaban marcados de por vida pero a Al-

bert no le preocupaba lo más mínimo, tenía cosas más importantes de las que ocuparse, como, por ejemplo, su impecable y espectacular carrera.

Detrás de los ventanales se veían las demás empresas del parque tecnológico, edificios imponentes que desafiaban al cielo con sus bruñidos destellos. Miró hacia unos cuidados jardines, donde los empleados se sentaban a degustar el contenido de sus tarteras en un apresurado almuerzo. Eran como hormigas y a Albert le gustaba jugar con ellos, dirigirlos, llevarlos por el buen camino, utilizarlos como carne de cañón, como un juego perverso de lemmings. Salta aquí, despide allá, juega con tu equipo a ver quien se desmorona antes bajo la presión del trabajo. Su fama de director implacable le había labrado el camino para su nuevo puesto. Todo el mundo quería trabajar para Megazot, la compañía que sin duda dirigía el mundo con sus diversas ramas de nuevas tecnologías e inversiones diversas. Todo producto tenía algo de Megazot: cigarrillos, refrescos, cadenas de comunicación, buscadores sociales, profilácticos de sabores, grandes almacenes, laboratorios farmacéuticos, etc. Albert se vio a sí mismo en la cumbre del mundo. Le habían buscado para trabajar para Megazot. ¡Qué suerte! Le había tocado el premio gordo.

Estaba embelesado en sus pensamientos cuando apareció la encargada de recursos humanos sujetando una carpeta contra su pecho como una quinceañera. Albert se levantó al verla (en más de un sentido). Era una mujer madura de gran belleza morbosa, embutida en un traje y falda pitillo que resaltaban sus encantos. Su pelo rubio platino estaba recogido en un moño y sus labios rojos resaltaban unos ojos de un azul intenso detrás de unas gafas de diseño. Albert se sintió turbado agradablemente.

- ¿Albert? Soy June, de recursos humanos - dijo con voz profunda y sensual mientras le tendía la mano. Albert devolvió el saludo y asintió con la cabeza acompañándola con una sonrisa mientras tenía una fantasía sexual con June encima de la mesa de un despacho, jirones de pantis arrancados a bocados y papeles volando en mitad de la lujuria. La verdad es que tenía este tipo de sueños con cualquier mujer con la que se topase, sin preocuparse de la edad o condición social. Todas pasaban por el casting de su imaginación. Se consideraba un gran amante y un apetecible regalo para el otro sexo.

June le indicó amablemente que volviera a sentarse. Albert así lo hizo mientras la exuberante mujer sacaba de la carpeta los documentos del contrato de

trabajo. Una sonrisa se dibujo en sus labios carmesíes mientras se los tendía.

- Léelo y, si estás de acuerdo, fírmalos y entrarás a trabajar con nosotros - dijo con un sensual susurro.

Albert los cogió. Formaban un taco bastante grande, casi un libro. Miró por encima las cláusulas. Parecían las habituales.

- No hace falta que lo lea por completo. Confío en vosotros. Estamos en el mismo barco.

Dicho esto sacó su cara estilográfica y se dispuso a firmar. Mientras la tinta corría por el blanco papel formando su rúbrica, sonrió satisfecho. Lo había conseguido. Había llegado a lo más alto. El premio gordo. Años de trabajo y sudor (propio... y de algunos otros). De pronto empezó a sentir un aroma de humo que se agarraba a su garganta.

- ¿No hueles a quemado, June?

- No te preocupes: suele suceder después de la firma. Pasa mucho en los paquetes de software que distribuimos.

- No entiendo. ¿En los paquetes de software?

- Sí, hombre, en los paquetes de software. Vamos a ver, ¿no te has encontrado muchas veces con que no puedes continuar instalando un programa hasta que aceptas las condiciones del software?

- Pues claro, pero sigo sin ver la relación.

- Mira, Albert, en esas ocasiones, ¿qué haces? Es un inmenso documento lleno de cláusulas interminables y, claro, no tienes ni tiempo ni ganas de leerlas. Así que aceptas sin más, sin preocuparte de lo que has firmado y sigues adelante... Lo mismo que has hecho ahora.

- Bueno, lo mismo lo mismo... no es. Esto en un contrato de trabajo y lo otro, en fin... es otra cosa.

- Efectivamente, otra cosa, otra cosa... Eso crees, ¿verdad? Con muchos como tú lo vamos a tener fácil.

- Sigo sin entender, June.

- Es sencillo. Por lo que tú sabes, sin mirar lo que has firmado puedes haber aceptado que nunca te subamos el sueldo o que trabajarás gratis para nosotros, o incluso...

- ¿Incluso qué? - preguntó Albert con un súbito escalofrío atravesándole la columna.

- Pues cualquier cosa... Incluso que nos vendas tu alma.

- ¿Venderos mi alma? He oído lo de fidelidad a la empresa, pero eso... eso es demasiado.

- Je, je, sí, demasiado, pero podría ser... Je, je - dijo jocosa mientras Albert se tranquilizaba un poco y le seguía la broma.

- Claro, je,je. Me gusta el sentido humor de la empresa. Me va a encantar trabajar aquí. Es lo que siempre he deseado.

- ¿Aunque nos vendieras tu alma, Albert?

- Sí, claro, je, je, je. Aunque os vendiera el alma - sentenció con alegría.

De pronto unas llamas aparecieron a su alrededor. Albert miró asustado a June. Esta parecía algo cambiada: sus ojos se habían vuelto gatunos y de un color amarillo brillante. Su sonrisa seguía bordeada por labios de fresa pero ahora sus dientes eran colmillos afilados como los de un tiburón. Su aliento fétido, cuando empezó a hablar, provocó náuseas y arcadas a Albert.

- Bienvenido, Albert. Ya estás en casa... para siempre. Je,je,je.

La risa aumentó y las llamas también. Los gritos de Albert se ahogaron en el crepitar del fuego demoníaco y la habitación se convirtió en un infierno. Uno de los muchos que hay tan cerca de nosotros y que nunca vemos...

Capítulo 2: Xanadú

Xanadú Dream (o el Xana, como era conocida coloquialmente) era una de las mejores tiendas de ocio de la ciudad, un pequeño oasis en donde dar rienda suelta a tus aficiones. Se trataba de un antiguo videoclub de dos plantas que había ampliado su actividad ofreciendo cómics, discos, figuras, juegos de mesa, etc. Todo lo que pudieras imaginar estaba allí (y lo que no, también... y, si no, te lo conseguían por un precio adecuado). Su dueño, Humphrey, un barbudo cincuentón fan del cine (y de otros vicios), había recibido una inesperada herencia de un tío millonario gracias a la cual reconvirtió su pequeño y decadente negocio en una isla de fantasía en la que todo era posible. El negocio iba más o menos bien... por decirlo en sus palabras. Ya no se preocupaba de las pérdidas, pues el dinero de la herencia tapaba los agujeros. Lo importante era repartir magia entre sus clientes. Encontrar, por ejemplo, esa rara edición de una novela de la saga de Star Wars del año 78 (o una edición especial de una película de gánsteres de Scorsese firmada por verdaderos mafiosos) y ver la

cara de orgasmo que ponía el cliente al tenerla en sus manos le satisfacía más que cualquier cosa. Humphrey, el mago con barba y anillos con motivos esotéricos, se veía a sí mismo como el maestro de ceremonias, el amo del circo de las maravillas, el guardián de las llaves del tesoro de *Las mil y una noches*.

Su tienda estaba siempre llena de gente variopinta que acudía a este maravilloso edén de ocio atraídos como las polillas a la luz: fans de todo tipo, productores de cine, dibujantes y guionistas, lolitas que acompañaban a maduros críticos iracundos y que se contoneaban poniendo los dientes largos a adolescentes con acné adictos al amor propio y demás fauna cuya realidad superaba la ficción. Era el lugar perfecto para abastecerse de las novedades semanales de películas, libros, discos y demás drogas culturales, un centro social donde convivían tribus que en otro ámbito serían agua y aceite, mods y rockers, siniestros y heavies, pero que aquí formaban una amalgama cultural irrepetible. Aquí se juntaban el director de cine aficionado a los cómics y los discos de importación, el jugador de rol que buscaba joyas descatalogadas y que era amante de las películas gore, la fan fatale siniestra con debilidad por los actores clásicos que leía pornografía escondida en novelas ju-

veniles, el becario con gafas de pasta que buscaba libros de teoría cinematográfica mientras coleccionaba cómics underground de los '70... En fin, todo aquel que llamaban friki tenía allí su hogar fuera del hogar. Un refugio, un faro en la oscuridad, una taberna al final del abismo donde todos podían hablar libremente sin que te mirasen por encima del hombro con condescendencia, un lugar donde expresar tu devoción hacia tus héroes y villanos favoritos y donde establecer debates tan variopintos y sesudos como si un héroe elástico podría satisfacer completamente a su dama invisible o si cierto viajero en el tiempo en una cabina telefónica habría inspirado a genios como Tesla, Descartes, Jack Kirby o Ron Jeremy.

Era el perfecto caldo de cultivo del que habían surgido artistas famosos de diferentes disciplinas. Eso es lo que atrajo a Arturo.

Este tenía veintiséis años y era uno de esos miles de soñadores, perdedores natos, que pululan por la ciudad, pensando que solo necesitan una oportunidad para entrar en el “fabuloso mundo del cine”. Estuvo un par de cursos en Ciencias de la Información, pero lo echaron por las notas (*Más o menos como a Amenábar. Sigo los pasos de los grandes*, se decía

para darse ánimos). Su trabajo en el Xana llegó por casualidad.

Al principio era un cliente más que se acercaba semanalmente a ver las novedades de cine y algunos cómics de autores ingleses como Alan Moore, Grant Morrison o Jamie Delano (apellido que siempre acababa dando lugar a los mismos chistes trillados). Allí entablaba alguna charla ocasional con otros clientes y les aconsejaba sobre “grandes desconocidos” para los mass media como Preston Sturges, Billy Wilder o Orson Welles. Para chavales que habían crecido con el profundo cine de Michael Bay o grandes comedias como *Todo sobre mi desmadre*, esas “películas antiguas” se tornaban, de repente, auténticos tesoros. Películas con argumento y sin chistes fáciles a base de eructos, ventosidades y otros recursos escatológicos. Definitivamente existían y ¡eran divertidas!

Arturo no solo contaba el argumento de la película (sin revelar más que lo necesario para motivar la curiosidad de sus contertulios y sin adelantar, por supuesto, el final, como hacen esos amables tráilers que ponen en los cines con golpes de sonido efectista al estilo *Perdidos*) sino que lo aderezaba con anécdotas y datos curiosos sobre los actores, sobre sus relaciones con otras películas o sobre cómo se habían

saltado la censura en aquellos lejanos tiempos en que era mil veces más erótico ver cómo se cerraba una puerta tras una pareja que cualquier abertura de piernas del cine actual. Arturo no se quedaba anclado en el cine clásico sino que, como buen aficionado, buscaba pepitas de oro cinematográficas entre la “amplia y diversa” oferta del cine actual. Películas que no tenían que perderse entre la maraña de estrenos en 3D, 2D y 1D (un dedo de frente o menos) de la misma película que acaparaba casi todas las salas como una glotona sanguijuela alienante. Los clientes se quedaban escuchándole como si fuera el flautista de Hamelín y cuando Humphrey empezó a ver cómo empezaban a pedirle películas como *El crepúsculo de los dioses*, *El Diablo dijo no*, *Caballero sin espada* o *La fiera de mi niña*, decidió hacerle a ese desgarbado amante del cine “una oferta que no pudiera rechazar”. Arturo que en aquel momento estaba en un *call center* (llamando, en contra de su criterio pero obligado por sus jefes, a horas intempestivas para ofrecer falsos chollos en telefonía móvil y recibiendo todo tipo de improperios) se lo pensó medio segundo escaso y aceptó encantado. En un sitio como el Xana, tan frecuentado por gente del medio, imaginaba que solo sería cuestión de tiempo co-

nocer a la gente adecuada y venderles un guión de los que hacía y convertirse en el nuevo Tarantino (*También él empezó su carrera en un videoclub*, recordaba para afianzar su “camino hacia el triunfo”) o Robert Rodriguez (*Un todo terreno “yo me lo guiso, yo me lo como”*. *No he llegado a participar en pruebas farmacéuticas como hizo él, pero me han tratado como conejillo de indias en muchas ocasiones en las empresas en las que he trabajado*, reflexionaba).

Hay que decir que la pasión de Arturo, aparte del cine, era contar historias, arrancar sonrisas del público y luego lágrimas, para de nuevo volver con las sonrisas. Alcanzar, o al menos intentarlo, la maestría de sus ídolos. Ser como Kubrick en *La naranja mecánica* y hacer que la gente pasase de odiar un personaje repulsivo como Alex a compadecerlo y luego finalmente volver a odiarlo. Ser como Wilder en *El apartamento* y mostrar el héroe del hombre cotidiano, débil y gris, pero patéticamente tierno y cercano. Ser como Alan Moore y sacar humanidad del barro y el limo. Desde pequeño Arturo había contado historias a sus amigos del colegio, a los compañeros del instituto, a los que quisieran escucharle. Y cuando se ponía a narrar, se metía tan dentro del relato que lo vivía y se olvidaba de todo (incluso de las

señales corporales de la gente que indicaban con bostezos o miradas furtivas a sus relojes que les aburría o que no les interesaba lo más mínimo lo que les estaban contando). Arturo pensaba que su momento llegaría, ese mágico día donde todos los productores quisieran un guión suyo, como en una película de Frank Capra. Tenía la convicción de que triunfar era cuestión de tiempo aunque las cosas fueran despacio. Una carrera de fondo, no de velocidad... Pero ya habían pasado cuatro años desde que empezó a trabajar en el Xana y el descubrimiento seguía sin producirse y, aunque tenía más moral que Preston Tucker, a veces se sentía cansado, desilusionado, y se preguntaba si no sería mejor cambiar sus expectativas viendo el gran resultado que habían tenido hasta el momento. Lo bueno de Arturo era que esos momentos de desfallecimiento pasaban cuando surgía la oportunidad de mostrar sus proyectos, como ahora ante Daniel Bellotari.

Daniel Bellotari, cliente del Xana desde que llegó a la ciudad, era un joven y prometedor director que tenía en su haber un par de pequeñas películas de culto (patrocinadas por la fortuna de su familia, unos ricos empresarios del norte que confiaban en el grandísimo talento de su hijo, a pesar de que sus

obras no hubieran tenido mejores críticas que las compradas en los periódicos locales). Cuando llegó a la ciudad se rodeó de un séquito que le reía las gracias y que alababa su sentido del humor mordaz y prepotentemente inteligente (algo así como Charly Sheen y su *brat pack* particular al principio de su fabulosa carrera).

Daniel era el alma de la fiesta y su ego crecía proporcionalmente al nivel de sus invitaciones. Tenía el dinero, así que no tenía que preocuparse de preguntarse de si tenía el talento. Eso ya vendría con el tiempo y el rodaje. A sus pies se postraban críticos de blogs de cine de afilada pluma (que vendían su mejor crítica por unos daikiris de plátano y unos cacahuetes), niños de papá que se pasaban la mayor parte de su existencia en el bar de la facultad de periodismo twiteando entre cervezas y hasta una cantante de un oscuro combo que quería ser la estrella de sus películas (y que era capaz de todo, todo, por alcanzar su objetivo. Una ambiciosa trepadora social de voz sensual que en vez de escaipias se apoyaba en otras cosas para subir a la cumbre). Daniel se dejaba caer por el Xana cada cierto tiempo para darse un baño de multitudes, para que los habituales le mirasen admirados (*Si ese lo ha conseguido, nosotros*

también podemos, decían entre susurros) y para repartir entradas para el preestreno de alguna de sus películas. Estos repartos no atendían a ningún acto de generosidad, ni mucho menos, sino a una fría y calculada estrategia de mercadotecnia para llenar la sala y que hicieran bulto (aparte de las pseudoestrellas mercenarias que paseaban su palmito por este tipo de eventos para dar glamour y que estaban encantadas con las atenciones que la familia de Daniel y sus contactos les proferían). Todo esto para salir en las notas de sociedad con fotos reales (no trucadas con Photoshop) de verdadero público que asistía al preestreno de “la nueva película del *enfant terrible* Daniel Bellotari”. *Para algo tienen que servir esa panda de frikis*, comentaba en *petit comité* a su séquito con media sonrisa a lo Bruce Willis. En estas ocasiones, desplegaba su encanto personal y un don de gentes que Arturo iba a comprobar en persona al mostrarle su proyecto al ‘maestro’ que había bajado de su Olimpo y que se había dignado a echar un vistazo a su obra.

Daniel empezó a hojear el libreto. Arturo lo miraba con ojos ilusionados, intentando descubrir qué pasaba por la mente del director al ver la obra en la que se había pasado el último año trabajando robán-

dole horas al sueño y al ocio. No se daba cuenta de las sonrisitas cómplices que se pasaban entre el séquito de Daniel. Los demás habituales de la tienda se congregaron también alrededor del director como si se tratase de un gran gurú, un oráculo de Delfos del que esperasen una profecía. Humphrey también observaba ilusionado. Daniel empezó a pasar las hojas cada vez más rápido hasta llegar al final. Todos se quedaron expectantes. El silencio se tornó tenso igual que en un duelo de Sergio Leone con banda sonora de Ennio Moricone. Daniel levantó la mirada hacia Arturo. Se acercó a él con el libreto en la mano. Este se sintió el centro de todas las miradas del Xana.

- Amiguete - empezó a decir-. He mirado tu libreto y te voy a ayudar...

Arturo no cabía de gozo. ¿Por fin había llegado el momento largamente deseado? Si Daniel le ayudaba con sus contactos, podría vender el guión y empezar por fin su carrera. Solo necesitaba esa oportunidad para demostrar lo que sabía hacer. Le pareció que ya estaba llamando a las puertas del cielo.

- Te voy a hacer el mejor regalo... - continuó. Arturo no cabía de gozo. Sin duda le había encantado la historia. Ya no había duda. A lo mejor hasta quería dirigirla. Eso sería genial. Con los contactos (y dine-

ro) de Daniel y sus guiones formarían un equipo imparable, los nuevos Wilder y L.A. Diamond, Tarantino y Robert Rodriguez, Lee y Kirby.

- Tiempo - sentenció Daniel levantando el libreto. Arturo estaba en la gloria. Las cosas por fin, parecía, se iban a acelerar... y entonces Daniel lo tiró a una papelera. La gente siguió en silencio la trayectoria de las hojas encuadernadas como el hueso que lanza el primate en *2001, una odisea del espacio* y unos segundos después de chocar con el resto de basuras, empezó a reírse. Arturo vio derrumbarse todo el castillo de ensoñaciones que se había creado. Daniel apoyó su mano paternalmente en su hombro y con una sonrisilla condescendiente siguió su discurso:

- Sí, amiguete, te he evitado todo el gasto de tiempo y dinero de llamar a las productoras. El resultado va a ser el mismo. Créeme y hazme caso: emplea ese dinero en cosas que te sirvan de verdad y que te den más satisfacciones, como copas y pastillitas. *Time is money*, que decía el filósofo. No me dirás que no es un gran regalo. Así podrás empezar cuanto antes a hacer algo útil en vez de gastar tu vida con tonterías. No te molestes en darme las gracias: soy así de majete.

El séquito de Daniel siguió con su baile de miradas y sonrisitas socarronas. La cantante aspirante a estrella lo abrazó y le plantó un húmedo beso en los labios.

- Pero qué majo eres, Dani. Me encanta ver cómo ayudas a los demás - dijo con su voz susurrante y exótica.

- Es que lo llevo en los genes, Nadia, cariño. Mi familia siempre ha hecho caridad y obras sociales y algo de lo que he mamado se debe notar. Imagina que este chaval, Abelardo...

- Arturo - puntualizó este cansinamente.

- Arturo, sí... imagina que este chaval, Abe... Arturo continúa pensando que sabe hacer guiones y un buen día se despierta a la realidad con cuarenta años y ve lo que hay realmente. Toda su vida desperdiciada tras una zanahoria inalcanzable cuando podría haber hecho carrera en un burger o en un sitio como este...

Humphrey lo miró con gesto contrariado. Daniel se dio cuenta y siguió.

- ... Un gran sitio que provee de lo mejor de lo mejor, claro. Aunque aún no me hayan traído la edición especial conmemorativa en Blue Ray con cuatro discos del clásico *Transformers 3* con los muñe-

cos Decepticon deluxe a control remoto. Y llevó esperando una jodida semana sin verlo, ¿eh, Humphrey? En fin, no me malinterpretéis. Si se puede evitar todo esa humillación y dolor, soy el primero en ayudar, como cuando se rompe la pata un caballo. Hay que ser duro.

- Como en *El baile de los malditos*, ¿no? - comentó alicaído Arturo.

- ¿*El baile de los malditos*? ¿Es otra de esas pelucillas de terror cutre de tres al cuarto que solo tú conoces? Amiguete, a veces me parece que te las inventas para darte importancia.

- Si tú lo dices...

- Claro que si yo lo digo. ¿Para qué mirar al pasado cuando ahora tenemos lo mejor de lo mejor? Antes las películas eran mudas y en blanco y negro y ahora son a todo color y en tres dimensiones. ¿No me dirás que ese no es un gran avance artístico?

Arturo se le quedó mirando con gesto apagado. Daniel se envalentonó, aprovechando la situación para dar una lección magistral de sus profundos conocimientos del séptimo arte.

- Antes no podías llevar la cámara hasta los lugares que la llevas ahora con toda la infografía a tu servicio. Antes no podías hacer los travellings ni para-

das de movimiento que se hacen ahora. Antes no podías recrear mundos enteros en una pantalla verde.

- ¿Y las historias de antes? - se atrevió a cortar la lección Arturo. Daniel le miró con desdén y asco.

- ¿Las historias de antes? ¿Las historias de antes? Enfréntate a la realidad y no te ancles al pasado, Abelardito. Ahora las tramas son más directas, llegan mejor a la gente que esos tostones antiguos con giros de guión y tramas secundarias que solo confundían al espectador. Lo sé porque en la facultad me hacían tragar bodrios infumables para aprobar las asignaturas. Había momentos en esas puñeteras películas en los que no pasaba nada y solo hablaban y hablaban, bla, bla, bla. ¿Qué narices me importa si la protagonista tienes dudas sobre si quiere o no a una persona, o si hay que guardar las convenciones sociales? Joder, si le gusta tanto a la piba el viejo mayordomo, que se lo folle de una puta vez y que nos deje en paz con tanto marear la perdiz... que por lo menos veremos algo de chicha, aunque sea añojo. Macho, tienes que admitirlo ¡esos diálogos aburrían a los muertos! Nada de acción, sin disparos, ni persecuciones, ni efectos especiales. solo una tía que, ojo al dato, ni siquiera está buena y un vejete que creo que hizo una vez de *serial killer*, y todo en una mansión victoria-

na. ¡Qué bonito! ¿Qué bonito? ¡Qué aburrimiento, qué rollo! La gente paga por ver cosas que les impacten. Y lo quieren rápido, a la orden de ya. Nada de tonterías, ostias, ¡al grano! Si no ha habido una explosión, una escena de sexo o un asesinato en los primeros dos minutos, esa película no vale para nada porque no ha llegado al público. Parece mentira que te las des de entendido y no sepas los gustos de la gente.

- Pero... - interrumpió de nuevo Arturo y se dio cuenta del error apenas salió la palabra de su boca.

- ¿Pero qué? No me vengas con el discurso de que hay otro tipo de cine, que si hay diversidad de planteamientos... Eso ya me lo tuve que tragar en la escuela de cine. ¡Ah, sí! Ese tipo de cine que gana festivales con directores que ni su puta madre conoce con nombrecitos como Taristaki, Aminoraski, Anisakis y todos sus derivados terminados en ki y en ka y sus historias de pastores y pueblerinos en lugares desolados que solo interesan a unos cuantos críticos rancios que se las dan de listos y entendidos y que les dan los premios para que vean que todo el mundo puede hacer cine, hasta esos paletos de lugares perdidos que ni salen en un mapa decente. ¡Pero si ni Dios va a ver esas mierdas!

- Pero ¿has visto alguna de esas películas para hablar así? - De nuevo se arrepintió nada más hablar.

- ¿Verlas? ¿Yo? ¿Me ves cara de *pringao*? Tengo cosas mejores que hacer. Lo que sí veo, y también deberías hacerlo tú alguna vez, es el Box Office y las películas que llegan al Top Ten en taquilla y te puedo asegurar que esos bodrios no están nunca allí, ni de lejos. Esto es un negocio y hay que darle al público lo que quiere, no es un juego de tonterías “artísticas”. Tu película vale lo que hace en taquilla.

- Pues entonces las tuyas... - puntualizó Arturo viendo que podía por fin contraatacar la tromba de sólidos argumentos que estaba recibiendo como sacos de patatas caídos del cielo. Ya no tenía nada que perder. Daniel entornó los ojos con mirada de odio y saltó ante las palabras de ese osado mequetrefe que se atrevía a enmendarle la plana.

- ¿Mis películas? ¿Qué pasa con mis películas? Mis películas no han obtenido el resultado esperado porque el público aún no tiene el gusto preparado para saborearlas. Pero eso es cuestión de tiempo. A todos los visionarios nos pasa lo mismo. De todas formas, no te preocupes: cumplen su objetivo perfectamente. Cuando un productor quiera un director con experiencia para dirigir una superproducción ¿a

quién cogerá? ¿A un pobre chaval que no ha rodado ni siquiera un corto por falta de presupuesto o a un veterano director que lleva tres películas a sus espaldas? ¿Eh? Dímelo, amiguete. ¡Ah, claro! A lo mejor coge el guión de un listillo que se las da de enterado y que no sabe nada del negocio. Je, je, je. Eso sí que sería divertido. Me parto la caja, ostias. ¡Despierta, chaval! Esto es el mundo real y no los mundos de Yuppy de un friki que lee demasiados cómics y ve demasiadas series tipo *Star Trek*.

Daniel notó cómo las miradas de los habituales del Xana se dirigían hacia él (y no precisamente con admiración). Así que rápidamente retomó el hilo de su lúcido discurso para evitar un linchamiento.

- Porque... porque una cosa es ver esas grandes series o leer esos maravillosos cómics de genios como Todd Mcfarlane o Rob Liefeld (por cierto, un autor clásico de mis preferidos) y otra cosa es no tener los pies en el suelo. Soñar está bien pero tienes que darte cuenta de tus limitaciones. Estás en otra liga, amiguete. Deja a profesionales como yo que hagamos nuestro trabajo y ocúpate de hacer el tuyo... Vale, dejemos esta agradable conversación. Ya puedes irte. Y mira a ver si me llega de una puñetera vez esa edi-

ción especial de *Transformers 3*. Cada uno en su sitio y todos contentos.

Viendo que las cosas se habían relajado un poco, decidió que era el momento de hacer mutis por el foro, pero antes se acercó a Humphrey mientras Arturo se dirigía abatido a cobrar en la cercana caja, donde le esperaban unos clientes deseosos de que les atendiesen.

- Por cierto, Humphrey, te dejo unas entradas de mi nueva película: *Salto terminal*. Es una *road movie* al estilo de *Cobra*, ese gran clásico de Stallone.

- Y tengo un papel protagonista - interrumpió Nadia, ronroneante como una gatita.

- Sí, sí y Nadia tiene un papel protagonista: una mujer dura, falta de escrúpulos, capaz de todo para alcanzar su objetivo. Una gran interpretación. Lo cogió a la primera. Me ha dejado gratamente sorprendido. Parece nacida para el papel. - Nadia sonreía con una mezcla de inocencia y de cínica ironía. Daniel estaba encantado. ¿Quién necesitaba más? ¿Quién necesitaba despertarle?-. Es mi musa y además hace el tema musical. Precioso, por cierto. Una gran voz a lo Amy Winehouse. He tenido una gran suerte al conocerla. Vamos a hacer más películas, ¿no es verdad, cariño?

Nadia le acarició la cara con un tierno movimiento entre lascivo y casual de su mano. Este miró a los clientes del Xana sabiendo la envidia que estaba provocando al tener a su lado a una exótica y atractiva chica como ella, algo que esos pardillos solo podrían tener en sus sueños húmedos. Se daba cuenta de que estaba dando referencias a esa panda de atontados para sus fantasías íntimas de cuarto de baño y se sintió poderoso ante las anhelantes miradas y bocas abiertas de los fans. Les estaba poniendo los dientes largos. Era su héroe y lo sabía. Tenía algo que esa panda de borreguitos nunca alcanzaría y eso le gustaba, le gustaba mucho, como cuando traía al colegio caros juguetes de importación y se los enseñaba a los otros niños. Ver pero no tocar. Es lo mejor. Se deleitó con la sensación de poder un momento y luego siguió hablando.

- Bueno, lo que te decía. Te dejo estas entradas para que las repartas entre tus clientes y disfruten de mi nueva película en el preestreno que haré esta noche - concluyó sacando un fajo de invitaciones impresas en papel caro. Humphrey las miro asombrado. (Cuanta generosidad. Tal vez lo hubiera juzgado mal pensando que era solo un niño de papá trepa y prepotente)-. En esta ocasión es muy importante

que acuda mucha gente. Mañana hay una fiesta V.I.P. donde va a venir Esteban Cosmo a presentar su nueva película...

- ¿El productor? - interrumpió sorprendido Arturo casi sin darse cuenta mientras cobraba una novela gráfica de Adrian Tomine a una menuda chica mod de pelo corto.

- ¿El productor? ¡Claro que el productor! - cortó Daniel con cara de pocos amigos-. Veo que por lo menos sabes algo de actualidad, ostias. Esteban Cosmo está buscando talentos para una nueva línea de películas. Me lo ha chivado un contacto de mis padres que está en su distribuidora, una *major* muy Universal de la que no te diré el nombre. Así que no se lo digas a nadie. Que yo sé guardar un secreto. Por eso quiero que vaya mucha gente al preestreno y por eso lo hemos hecho coincidir con la llegada de Esteban. Si ve una película con impacto mediático, seguro que me elige para trabajar con él.

- Pues... pues claro, claro que las repartiré - contestó en voz baja Humphrey dándose cuenta de que no había juzgado mal a Daniel y sintiéndose entre la espada y la pared. Ya había visto antes otras "películas" de este iluminado director y no se las deseaba ni a su peor enemigo: diálogos banales y repetidos dos

veces (“Vamos a pelear. Vamos a pelear. Solo uno va salir vivo de aquí... ¡y no seré yo! Solo uno va salir vivo de aquí... ¡y no seré yo!”). Eso cuando se entendía lo que decían, porque los fabulosos actores que utilizaba Daniel arrastraban las palabras como niños de parvulario (pero, por supuesto, tenían unos cuerpos moldeados en gimnasios y sabían andar con chulería. ¿Qué más se puede pedir a un actor de películas de acción? ¿Que recite el abecedario sin olvidarse un par de letras?) y sobre todo, los argumentos, esos “sesudos” y largos argumentos como papel higiénico, malas copias del peor Chuck Norris pasado de rosca. “Un thriller vigoroso pero intelectual” como su anterior película: *Calibre final*, que tuvo que sufrir, sin posibilidad de huida, junto a Daniel, que le explicaba la película. Humphrey se sintió como Alex cuando le aplicaban la terapia Ludovico.

Calibre final, donde un chico marginal, humilde pero con buen corazón, que toma café en un restaurante de lujo (eso lo hacen muy a menudo los de las clases bajas antes de ir a trabajar descargando fardos o repartiendo publicidad de un buffet libre), ve como un gánster, extranjero y con dicción de *Las mil y una noches* (“Un toque étnico”, según dijo Daniel, “para dar a conocer subliminarmente al enemi-

go, al malo malísimo al que debemos odiar desde el primer fotograma”) pega delante de todos a una hermosa chica (con gran escote y generoso relleno del mismo y una falda cinturón donde se ve la raya del tanga en la cuidada depilación brasileña en una escena sí, y en otra también). Entonces, el chico saca una pistola, (de no se sabe dónde, pues lleva unos pantalones pitillo y una ajustada camiseta con un “No Future” que demuestra su baja extracción social), una Magnum que es más grande que su cabeza, y empieza a disparar contra el malvado que ha humillado a la chica. El gánster manda a sus matones a protegerlo (Todo buen villano que se precie debe llevar un ejército de unos cincuenta mercenarios con gafas oscuras, aunque sea de noche, a cualquier sitio donde vaya, incluso a los excusados. El cómo esconderse y que no les vean hasta que son llamados por el jefe corre por su cuenta, que para eso son profesionales curtidos en muchas guerras). Ensalada de tiros mientras el chico se defiende como puede entre los restos del restaurante que vuelan a cámara lenta entre explosiones (Muy efectista, eso sí, pero ¿de dónde habrán salido esos explosivos? ¿Tal vez en el restaurante coincidía una convención de terroristas que celebraban el cumpleaños de su jefe con fuegos arti-

ficiales?) y huye con la chica mientras una explosión final detrás de ellos resalta sus perfiles (Sigue la cámara lenta y siempre queda bonito. Así tenemos un extra añadido: nos evitamos el diálogo chirriante entre los “actores”). Rematamos con una escena de sexo en la casa del chico, un pobre chalet de dos plantas en las afueras. Debe ser que la persecuciones aumentan la libido de las personas. Mejor que el Viagra. Cuando te están persiguiendo mercenarios peligrosos y tu vida pende de un hilo, siempre hay que tomarse un respiro y descargar tensiones para pensar mejor. Da igual que no os conozcáis, eso no importa, y a la mayoría de los espectadores tampoco: cuando ella se quita la camiseta se demuestra físicamente la suspensión de la incredulidad. Como en las mejores comedias de Rocco Sidfredi.

Luego yacen en la cama tras el húmedo escarceo (Filmado, cómo no, a cámara lenta y con planos cortos en los que no se sabe si es placer lo que surca sus sudorosas caras o es que por fin la fibra del desayuno ha conseguido su efecto) y el chico con voz en off empieza a filosofar sobre el sentido de la vida (Sorpresa: sabe hacer más cosas que darle al gatillo y hacer el amor de una forma penosa). En un flashback con pretensiones intelectuales (“Para dar un

origen a nuestro superhéroe de barrio y justificar las motivaciones de su violencia” comentó Daniel muy serio ante la mirada incrédula de Humphrey), recuerda su infancia cuando hacía de correo de unos narcotraficantes hasta que una reyerta (con una gran explosión a cámara lenta, por supuesto) mata a sus padres. El niño, abrazado a su madre mira al cielo mientras llueve (Otro efecto muy bonito, aunque no haya llovido en todo el segmento del flashback y parezca una zona desértica de los suburbios) y, levantando el puño como Escarlata O’Hara, grita: *¿Por qué? ¿Por qué?* (Y los espectadores también se preguntan por qué... por qué están en el cine cuando podían hacer cosas más interesantes como, por ejemplo, leer las esquelas de los diarios). El chico se jura en ese momento de su tierna infancia seguir por el buen camino y dejar la violencia y la delincuencia (Claro, por eso lleva ese pedazo de Magnum a todos los sitios. Debe ser para recordárselo como si fuera un cilicio). Y por fin llega el punto álgido de la película: el enfrentamiento del chico y el gánster (con, ¿adivinan?, sí, efectivamente más explosiones a cámara lenta). Todo un despliegue de artes marciales con coreografía a lo Jean Claude Van Damme y Steven Seagal. Estas escenas sacan el Bruce Lee que lle-

vamos dentro y nos demuestran que el camino hacia la paz y la no violencia del chico ha pasado por los gimnasios de ninjas del barrio (Ya se sabe: mejor dar que recibir llevado a rajatabla. Una catarsis y un ejemplo para otros de extracción humilde como él). Así que después del consabido cruce de golpes y pataditas kung-fu (Más que nada para que el chaval sangre por la comisura de la boca, que eso luce mucho, añade tensión y, además, es otra afrenta que justifica lo que le va a pasar al pérfido gánster. Vamos, que se está ganando a pulso su destino) el chico vence al malo y le perdona la vida y, cómo no, le deja al alcance un arma que puede utilizar cuando se da la vuelta (*Hay que hacer ver al espectador que no hay otra salida que atravesarle el corazón a ese traidor delincuente con el martillo neumático. Es una parábola del mundo actual. El lobo es un hombre para el hombre. El chico es pacífico pero debe defender su vida*, explicó a Humphrey, que en ese mismo momento, y de manera disimulada, echaba una mirada a su reloj). Cuando se encendieron las luces del cine solo quedaban Daniel y su séquito y Humprey. El primero, muy tranquilo y seguro de sí mismo, dio una versión de lo ocurrido: *Es normal. La gente se va antes de los créditos. Tiene otras cosas más impor-*

tantes que hacer, como irse de copas o al burger con la familia a tragarse la oferta del día. Por eso no les pongo ningún guiño como hacen en otras películas. ¿Sabes que me han dicho que parece ser que al final de El joven Sherlock Holmes hay una escena que da un giro inusitado a toda la película? Yo no lo he visto, pero me lo han contado y a lo mejor es una leyenda urbana. Vaya tontería y desperdicio de rodaje. La gente normal no se queda a ver los créditos. ¿A ellos que les importa quien ha hecho la música o el guión? Eso solo le interesa a enfermos como el dependiente ese que tienes en la tienda. En fin... ¿te ha gustado?" Humphrey le miró y rebuscó una respuesta cortés que no delatase la agonía que había sufrido los últimos noventa minutos. Un "es una película muy, muy especial" bastó para que se dibujase una sonrisa prepotente en el rostro de Daniel.

Terminando de rememorar esa inolvidable velada, cogió las invitaciones y las dejó al lado de la caja. El que quisiera tener una experiencia extrema no tendría más que cogerlas. Él no se haría responsable.

- Ya sabes que siempre pienso en ti y tus clientes. Soy así de desprendido, amiguete - dijo Daniel mientras agarraba a Nadia por la cintura y se señalaba con el pulgar.

- No sé qué hemos hecho para merecer esto - musitó Humphrey mirando a Arturo, que estaba cobrando unos *Creepy* originales a un calvo de mediana edad que iba con sus hijos pequeños y que no dejaban de tocar las replicas de los anillos de Green Lantern del mostrador.

- Venga, nos vemos. Chavales, decid adiós. ¿Qué tal si nos vamos a tomar unos coscorrónes al Alexia? Me han dicho que la camarera trabajó de modelo de lencería a domicilio. A lo mejor nos hace un pase, je, je, je.

Todos rieron la ocurrencia de Daniel mientras salía por la puerta del Xana, abrazado por Nadia, dispuesto a empezar un gran fin de semana ese miércoles noche.

Daniel era el príncipe de la noche. Daniel tenía el dinero.

Capítulo 3: Un respiro

Cuando Daniel y su troupe se fueron el pulso normal volvió al Xana. Los habituales que habían estado atendiendo a la clase magistral de cine cogieron su maná semanal y se pusieron a la cola del mostrador. Mientras esperaban, comentaban lo sucedido.

- Sin duda es un representante de la nueva ola. Un animal cinematográfico que ha crecido viendo grandes películas - comentó ambiguamente un delgado chico de cabellos largos y perilla al estilo grunge (pero de diseño, ojo) que llevaba un libro de ensayo del cine Trash Pop de los '90.

- Llegará muy lejos. A ese lo veo dirigiendo en pocos años una secuela de un películón como *Los mercenarios* de Stallone. Solo hace falta que le den la oportunidad. Tiene todas las papeletas para triunfar. ¿Te has fijado en las tetas de su piba? Para hacer porras en adobo - aseveró un chaval gordito de ojos azules y cara de luna a lo Alfred E. Newman mientras señalaba un póster de Wonder Woman en la pared.

- Pues a mí me parece un niño que no sabe dirigir - dijo en voz baja, exponiéndose a los leones del fandom, una chica pequeña de corte andrógino con un aire a María Medeiros que llevaba un pack de la serie *Continuará* del Canal Encuentro argentino. Dándose cuenta que el grunge y el gordito la miraban con suficiencia, defendió su postura antes de que le saltaran a la yugular-. ¿Habéis visto de verdad su última película o solo fuisteis a la fiesta que hizo después? Porque si la habéis visto... sus bodrios convierten a Ed Wood en Spielberg en comparación.

- Ya está la típica lista que va a la filmoteca dando lecciones - contestó airado el gordito mientras unas gotas de sudor saltaban de su frente nerviosa-. Búscate un novio que te dé marcha. Así no perderás las tardes viendo películas con subtítulos. ¡Entérate, la gente va al cine a ver la película, no a leer!

La chica se quedó callada y cortada mirando hacia abajo. El gordito sonrió triunfante. La fuerza de la razón y unos buenos argumentos habían vuelto a triunfar.

Arturo seguía cobrando impertérrito y alicaído. Humphrey se dio cuenta y se acercó cuando terminó de atender al último de la fila, un chico con gafas a lo Harry Potter y una novia que le sacaba una cabeza.

- Venga, Arturo. Para un poco y recógelo.

- ¿Recoger qué? - contestó desganado. Humphrey señaló la papelera donde yacía el guión.

- Vamos, no seas tonto y sácalo de ahí, que se va a ensuciar.

- A lo mejor ese es su lugar, Humphrey. Daniel puede ser un borde insufrible pero tal vez tenga razón. Mírale a él y mírame a mí. ¿Quién crees que va a triunfar?

- ¿Triunfar? No me seas gilipollas. ¿Triunfar? Venga, Arturo, ¿no te creerás todo lo que dice Daniel y su charla de libro de marketing de guerrilla? Que te tengo en más estima, hombre. No te rebajes a su nivel. He leído tus guiones y le dan cien vueltas a esas "obras maestras de culto" de Daniel. ¿Que no tienen explosiones cada dos páginas de guión? ¿Que no tienen escenas de sexo metidas con calzador? Y qué más da. ¿Acaso *El apartamento* tiene explosiones y escenas de sexo? No, y no le hacen falta. Tú quieres contar una historia y Daniel quiere contar otra. ¡Que cada uno cuente la suya y que los espectadores decidan cual ver! La calidad no está en la cantidad de personas que la lee o la ve, sino en la misma historia. Ya ves cuánta gente había leído *La conjura de los necios* antes de que la madre del autor

se pasease por las editoriales mendigando que se dignasen a leer el manuscrito. Una triste historia que en el fondo tiene una dura moraleja. Ya sabes el dicho de que cien millones de moscas deben de tener razón... ¡Que se coman su razón! Tú debes de ser fiel a lo que quieres contar. Es tu historia, no la de los demás. No cuentes lo que crees que la gente quiere que les cuenten. Cuenta lo que te gustaría que te contasen como espectador. Y si solo tiene un espectador, da igual. Porque al menos habrás alcanzado a satisfacer a una persona de manera honesta y habrá merecido la pena. Tienes un sueño, Arturo. Sí, todos tenemos un sueño, pero la diferencia es que unos persisten en seguirlo y otros lo olvidan, lo entierran en la rutina diaria, lo van olvidando, mintiéndose con “ya lo haré más adelante”, o lo duermen con excusas de “no es suficientemente bueno para enseñarlo”. ¡Pues claro que no es suficientemente bueno para enseñarlo muchas veces! Depende de ti hacerlo bueno, pulir tu sueño, hacerlo fuerte, atractivo y no tirar la toalla, perseverar aunque todo parezca perdido y mostrarlo como una oferta que no puedan rechazar. Lo fácil es lo de Daniel. Tiene una familia con dinero que apoya todo lo que haga y que se lo ha puesto fácil desde pequeño. ¿Crees que sabe lo que es venir todos los

días a la tienda a aguantar las “gracias” de tipos como él sin mandarles a la mierda? ¿Crees que sabe lo que es levantarse antes de que salga el sol para ir a trabajar, pelearse por entrar en un transporte público mientras desayunas un donut duro como una piedra, oliendo el sudor de gente hacinada, apretujado y quitándote las legañas, y luego volver a pelearte por salir cuando llegas a tu destino? ¿Crees que lo sabe? Pues no, no lo sabe, y tiene suerte de no saberlo porque es desmoralizador hacer eso todos los días con la sensación de que por mucho que te muevas, no vas a ninguna parte. Pero eso tiene más valor del que crees, porque si después de toda esa alienación y agobio, al final del día no dejas morir tu sueño y lo cuidas, lo mimas para que no se pierda, habrá merecido la pena. Habrás triunfado de verdad y eso no te lo podrá quitar nadie... Nadie, Arturo, nadie.

- Jo... Tendrías que haber escrito el discurso de *Braveheart*, Humphrey.

- ¿Eh? ¿Me... he pasado un poco?

- Un poquito, la verdad... solo te ha faltado recordarme, como decía Bluto: Cuando los alemanes bombardearon Pearl Harbour...

- Ah, sí, Bluto. El bueno de Bluto. ¡Qué razón tenía! Y, fíjate, al final llegó a senador.

- Sí, sí, senador... ¡Vaya gran ejemplo que me estás poniendo! No sigas por ese camino, que lo vas a estropear. Pero de todas maneras, se agradece el intento de arenga. Te dan ganas de continuar aunque no sea más que para evitar que la gente vea las “obras maestras de culto” de Daniel. Un servicio público por la higiene mental y para evitar daños cerebrales. Tendrían que poner una advertencia en sus películas como ponen en las cajetillas del tabaco.

- Razón de peso para que sigas, muchacho. Tú no has tenido que sufrir a su lado su “nueva y mejor película”, Arturo. El horror, el horror...

- Tengo la suerte de no ser lo suficientemente importante para tener ese gran honor. Lo que te pasa es que eres un buenazo, un blandengue...

- ¿Un blandengue? ¡Un gilipollas! ¡Eso es lo que soy por no aprender a decir que no! Fue una encerrona a lo Little Big Horn. No pude escapar. Estaba rodeado por su troupe de listillos descerebrados. ¡Toma oxímoron! Y lo peor eran esos comentarios que me hacía cada dos por tres, explicándome lo que había en pantalla. ¡Dios mío! Era como echar sal a la herida. ¡Aaagh! ¿No quieres caldo? ¡Toma dos tazas! ¡Qué hora y media! No lo pasaba tan mal desde que vino mi suegra a visitarnos y se quedó una semana

en casa. Lo peor es que Daniel se cree que es un intelectual, un “profesional”.

- Eso debe darlo la tienda, que actúa como un faro para los “profesionales”, Humphrey. Es así, por suerte o por desgracia, y no debemos quejarnos... mucho. Es divertido ver al tipo al que le explicaste la semana anterior quién era Roger Corman dándote la semana siguiente lecciones magistrales sobre Roger Corman... utilizando tus palabras. Bueno, es divertido hasta que ves tus comentarios en sus blogs de cine diciendo que son suyos. Entonces no tiene tanta gracia. Sobre todo cuando ves al mismo tipo en tertulias invitado como un experto en cine y volviendo a soltar tus palabras. Hasta tus mismos chistes y chascarillos ¡y todos se ríen y celebran su ingenio!

- ¿Ves? Ahí está un ejemplo de que vales mucho, Arturo. Sí, señor.

- ¿Cómo que valgo? ¿Para que me quiten mis ideas y se aprovechen de ellas?

- No, no es eso a lo que me refiero. Míralo así: Piensa en que has hecho un guión y hay otro que lo interpreta. Si ese tipo triunfa, lo está haciendo con tus palabras. ¿No lo ves? Tus obras ya están rodando por ahí.

- Hombre, visto así ...

- ¡Claro, que visto así! Si te copian es que eres bueno. Muchos artistas han saltado a la fama después de que les copiasen. ¿No me contabas el otro día la anécdota de la canción de *Ghostbusters*? ¡Anda que no bailé esa canción en mis tiempos mozos! Estaba en todos los sitios, ponías la radio y allí estaba, ponías la televisión y saltaba el videoclip. Tenía todos los números para llevarse el Oscar de ese año.

- ... Salvo el pequeño detalle sin importancia de que era una copia descarada de *I want a new drug* de Huew Lewis and the News.

- ¿Y qué paso después cuando se supo que era un plagio? Pues que Huew Lewis and the News saltó a escena, reconocieron su labor y se hicieron famosos, incluso hicieron *The power of love*, la canción de *Regreso al futuro*. ¿Qué nos enseña esto? Que la gente copia, todo el mundo copia, hasta los premios nobeles de literatura copian, por mucho que los jueces fallen a su favor. Pero ya sabes cómo son los jueces de imparciales. Otra cuestión es que puedas beneficiarte o no. Pero ten por seguro que si toman tu idea y la popularizan es porque tiene algo. Así que eso te indica que vas por el buen camino.

- Humprey, no cambias: siempre verás la botella medio llena...

- Y tú medio vacía. Así que ya estás tardando en recoger tu guión de la papelera.

- Vale, vale. Lo que tú digas, jefe.

- No me llames jefe.

- Vale, Perry White, Ahora lo cojo.

Arturo se agachó. Su guión estaba más o menos limpio, salvo una pequeña mancha en una esquina de la portada de algo parecido al gel de baño y que limpió con un pañuelo de papel cuidadosamente y sin acercarse mucho. Se prometió que vigilaría más a los chavales que pululasen por la sección de cómic adulto. Eran capaces de hacer cualquier cosa sin que se notase mientras hojeaban las revistas, como los buenos magos que con una mano llaman la atención del público y con la otra hacen el truco. Debían de practicar mucho sus trucos, todos los días, a todas horas, se notaba en su pericia para disimular. Luego dejaban las pruebas del delito en la papelera como si se tratase del papel de un caramelo o un pañuelo con los frutos de un resfriado y te llevabas la sorpresa al final del día al sacar la basura, preguntándote quién habría sido. Había tantos sospechosos, tantos... En fin, hay clientes para todo y había apren-

dido a convivir con ello e, incluso, sacar partido de su trato con ellos. Muchos eran inspiración para sus historias, para sus personajes. Recordó a Kevin Smith y Clerks. Seguro que se había guardado muchas anécdotas pensando que la gente no se las iba a creer por excesivas. La realidad supera la ficción, y en el Xana más, como había podido comprobar en sus carnes todos esos años.

Mientras limpiaba la portada vio el paquete con la edición especial de *Transformers* en un estante bajo el mostrador. Lo tenía desde hace dos semanas y pensó que bien podría esperar otras dos semanas más antes de dárselo a Daniel. Se arrepintió de su pueril comportamiento pero, gracias a Dios, solo durante un escaso segundo.

- Por cierto, Arturo...

- ¿Sí, Humphrey?

- Sobre la fiesta a la que va Daniel, la de Esteban Cosmo, pues, verás, tengo un par de entradas. Me las ha pasado una vieja amiga de la productora y como no puedo ir, a lo mejor te gustaría asistir a ti.

- ¿Para qué? No conozco a nadie allí. No creo que consiga nada. Daniel se sabe mover en esos ambientes. A mí me daría corte. Estaría como un pez fuera del agua.

- ¡Como un merluzo! ¡Excusas, excusas y más excusas! El mundo es de los audaces. De los Bowies y las Hepburn (Katharine, por supuesto). No seas pesimista, tú también puedes lograrlo... pero, en fin, no quiero forzarte. Ve a tu ritmo, pero, si me aceptas un consejo, no seas tan tonto como para perderte las oportunidades que pasan delante de ti.

- Te lo agradezco, pero de momento...

- Entendido. Acabas de recibir un golpe en el bajo vientre y tienes que lamerte las heridas. Vale. Por si acaso cambias de parecer, las dejo aquí, debajo del pressbook de *Horizontes de grandeza*. - Humphrey dejó las invitaciones bajo un cartel enmarcado en metacrilato. Las figuras de Gregory Peck y Jean Simmons miraban como si tuvieran vida propia desde un trozo congelado de tiempo al ritmo de la melodía de Jerome Moross-. Hoy tengo que salir un poco antes. He quedado con mi mujer para ir a comer. ¿Te encargas de la tienda y de turnarte con los otros dependientes para los envíos a domicilio antes de marcharte?

- Cómo no. No te preocupes, guardo el fuerte - asintió mientras dejaba su guión en un cajón bajo el mostrador. A esas horas, el Xana estaba como una balsa de aceite. La calma que precede a la tormenta.

Capítulo 4: ¿Qué hay de nuevo, viejo?

Arturo organizó a sus compañeros para que empezasen con los envíos. Había llegado una partida de material con figuras de películas y ediciones especiales de novelas gráficas y era importante empezar a distribuirlo antes de que ocupara demasiado espacio. Aunque el Xana pareciera tener una capacidad infinita para almacenar cosas, resultaba muy fácil verse desbordado con la cantidad de novedades que aparecían cada semana. Muchos de los clientes eran de fuera de la ciudad, así que una buena parte del negocio se hacía a través de los pedidos, una labor que necesitaba una gran disciplina para poder enviar a tiempo y en condiciones óptimas esos tesoros, las espinacas que nos hacen continuar el día a día.

En el Xana cuidaban a los clientes con gusto exquisito y, aparte del precioso albarán, que parecía un pergamino sacado de un cuento de las *Mil y una noches*, muchas veces ponían pequeñas sorpresas en los sobres y los paquetes: objetos promocionales de

películas, invitaciones a exposiciones, adelantos con uno o dos capítulos de nuevas novelas, películas clásicas, camisetas de diseño, marcapáginas, etc. Y todo adaptado a cada cliente. Con el tiempo y el trato conocían sus gustos particulares, sus preferencias, sus pequeñas manías, cuándo era su cumpleaños para enviar un pequeño detalle... todas esas cosas que echamos de menos en el trato de la vida cotidiana y que nos gustaría que existiera en un mundo ideal.

Humphrey, ya dijimos, se consideraba un mago y esta era la magia que promovía en su local: hacer que sus clientes se sintieran como sultanes, como reyes, no como meros limones a exprimir. Había estudiado durante mucho tiempo a la mayoría de los grandes almacenes e hipermercados para aprender cómo funcionaban... y hacerlo justo al revés. En las ofertas del Xana, aparte del trato personal, no existían aberraciones como la segunda unidad a mitad de precio o con un 70% de descuento: Humphrey consideraba de mal gusto y deshonesto hacerlo y ponerlo a bombo y platillo en los panfletos publicitarios... justo después de haber subido el precio de un producto que la semana anterior valía la mitad. Para él, jugar con la memoria de los clientes era menospreciarlos. Nunca marcaba con precios distintos (y

por casualidad, siempre superiores) para que cuando pasasen por caja entre otros productos arañasen unos cuantos euros más (que hace falta ser tonto para hacer esto: cuando un cliente lo descubre, aparte del enfado y la impotencia que siente, pierde lo más importante: la confianza en el negocio que le atiende, y eso nunca se recupera), nunca ponía envases ahorro que valían más que las piezas por separado, trataba a sus empleados con respeto al igual que a sus clientes (nada de horarios draconianos y sueldos rácanos, ni, por supuesto, trabajar en fiestas o domingos u obligarlos a vestirse con minifalda y patines (imaginaos un dependiente de tienda de cómics en esa guisa.. sin comentarios). Tenía el anticuado pensamiento romántico de que trabajamos para vivir, no vivimos para trabajar. En fin, tomaba ejemplo de todas esas estrategias de profesionales extremadamente inteligentes y respetuosos hijos del marketing que tratan paternalmente a los clientes.

Arturo acababa de pasarle la lista de clientes a sus dos compañeros, Tony y Julián, y, justo cuando estos bajaban al almacén, apareció ella por la puerta. Arturo levantó la mirada y sintió cómo su corazón se aceleraba. Nunca había creído en los flechazos, los tachaba de fantasías histéricas y tonterías de quincea-

ñeros llorosos. Se consideraba más maduro que esos niñatos que suspiran y babea al ver a una chica y mueven la cola como un perro esperando que les den un hueso... pensaba que si hay que mover la cola, que sea por otra cosa y en la intimidad. Sin embargo, a su pesar, estaba sufriendo un flechazo. ¡Qué vergüenza!

Ella era atractiva y menuda, de unos diecinueve años, cabello negro, ojos verdes, tez pálida con pecas y labios de fresa. Vestida como salida de un colegio interno del siglo pasado con su gorrita a la francesa y con una faldita y medias. Llevaba una maletita de equipaje. Se acercó al mostrador donde estaba Arturo, que vio la escena a cámara lenta (¡Sí, justamente esa! La misma de la que tanto abusaba David en sus películas, pero que aquí estaba justificada, totalmente justificada... ¡Qué belleza! ¡Qué gracia! Pura poesía en movimiento). Todo era magia y amor en el aire con musiquilla de The Righteous Brothers... hasta que la chica habló.

- ¡Eh! ¡Eh! ¿Tengo que llamar a urgencias?

- ¿Eh? ¿Cómo? - Arturo arrastró las palabras saliendo de su ensueño.

- Ah, vaya. Has reaccionado. Pensaba que te había dado un ictus o algo así. Tenías cara de...

- ¿Imbécil?

- No, de gilipollas, pero te has acercado bastante. Y además, si me lo permites, y si no también, una cara de gilipollas perfecta: boca abierta, ojos a lo Bryan Ferry cazando moscas. En fin, muy lograda, sí, señor... Bien, ahora que no tenemos que llamar a ninguna ambulancia (¡Qué pena! Hubiera sido divertido), una pregunta: ¿eres el dependiente de este sitio?

- Sí, eh... ¿deseas algo?

- Muy despierto no eres, ¿verdad? Si te lo pregunto será por algo. ¿Tú vas por ahí preguntando a la gente si es el dependiente de los sitios porque sí? A lo mejor es una fijación tuya y entonces me callo. Cada cual con sus vicios y parafilias. Tú mismo. - La chica se le quedó mirando a los ojos un momento-. ¡Pues claro que quiero algo! Tienda... cosas para vender... cliente... dependiente. ¿Te dice eso algo? Porque... eres el dependiente, ¿verdad?

- Sí, soy el dependiente, uno de ellos...

- Así que hay más... vaya, vaya... Es lo de siempre... Siempre me toca el tontito.

- Oye, oye, ya está bien. ¿Qué quieres?

- Por fin, ya vas por buen camino. Esa era la pregunta correcta: ¿qué quieres? Muy sencilla y seguro

que la recordarás la próxima vez. Si quieres te dejo tiempo para que la apuntes. Si hubieras empezado por ahí, nos habríamos evitado toda esta charla inútil. No me gusta perder el tiempo con diálogos para besugos.

- Vale, ya estamos de acuerdo. Ahora, ¿qué quieres?

- Eh, no sé. No lo tengo muy claro. He visto la tienda y me ha parecido interesante. Y me he dicho: Vamos para adentro, a ver qué pasa.

- O sea, entras en una tienda «a ver qué pasa».

- Sí, lo hago a menudo. Una vez me metí en un sex-shop. Fue muy divertido. Se incendió porque alguien pisó un cable que no debía. Hay gente muy descuidada. ¿Te puedes imaginar el revuelo que se montó con todas esas strippers y clientes saliendo de las cabinas con la bragueta abierta mientras los bomberos lanzaban agua a toda presión?

- Me lo puedo imaginar. ¿Y tú qué hiciste?

- Me compré una bolsa de palomitas y me las comí sentada en la acera mientras miraba el espectáculo. Cosas así no pasan todos los días y hay que aprovecharlas.

- Claro... hay que aprovecharlas... Lo comprendo. ¿Y para qué has entrado aquí?

- Me gusta el cine.

- ¿Qué clase de cine?

- Las comedias. Bonita figura de Bogart - contestó la chica tocando la pequeña estatua de unos treinta centímetros de Bogey en *Casablanca* que era la niña bonita de Humphrey. Era una edición conmemorativa limitada y numerada con la firma de los guionistas de la película.

La estatua se balanceó un poco y Arturo la miró asustado. Su hechicera había pasado de repente a bruja y no había necesitado diez años de matrimonio. Se le pasó por la mente la posible causa del incendio del sex-shop.

- No toques eso, por favor.

- No te preocupes, que siempre tengo cuidado - dijo la muchacha mientras cambiaba su interés a unos pins de personajes de cómics que había en un expositor. Se fijó en uno- . ¡Andá, Betty Boop!

La chica intentó coger el pin para verlo mejor sin darse cuenta de que estaba prendido y no superpuesto. Al tirar de él, el expositor se venció para adelante y empezó a arrastrar a unas figurillas del juego de rol de *El Señor de los Anillos*. Arturo salvó la situación como pudo, haciendo juegos malabares para coger a Gandalf y Aragorn con una mano y una ba-

rrera con la otra para evitar que el resto cayeran al abismo. Solamente salieron rodando unos dados de doce caras que había en la repisita y que se perdieron bajo una estantería de vinilos de bandas sonoras de importación. Ahora ya no tenía dudas sobre la causante del incendio del sex-shop.

- ¡Quieta! - ordenó Arturo con firmeza.

- ¿Cómo que quieta? Yo no tengo la culpa de que tengáis atados estos pines así. Faltaría más. Si colocáis las cosas en equilibrio inestable es muy posible que se caigan. ¿Así es como tratáis a los clientes? ¿Poniéndoles trampas mortales para que tropiecen en ellas? A lo mejor es una diversión pervertida que tenéis los dependientes para pasar el rato. Seguro que lleváis un recuento de cuántos pardillos caen al día. No me extrañaría nada. Si me pasase el día en un sitio tan aburrido y sin hacer nada, haría cosas parecidas, como poner petardos en las cajas de los videojuegos y cepos para ratones en los cómics. ¿Dónde está tu lista? ¿Esto cuenta? No sé, porque al final has sido tú quien ha sufrido la trampa y no yo. Un consejo: no creo que hagáis muchas ventas si os cargáis a los clientes...

- ¡Para, para! ¡Deja de imaginar cosas! Ya veo por qué te gusta el cine. Estás todo el día montándote pe-

lículas... Vamos a hacer una cosa. Tiempo muerto. Tabula rasa. Empecemos desde el principio. ¿Te parece?

- Bueno, si así me vas a atender en condiciones, de acuerdo: Hola, me llamo Lucinda... Por cierto, no me había fijado. ¿No son esos los Eternos? ¡Qué bien hechos están! Me encanta *Sandman*. Era mi lectura preferida en la infancia.

Lucinda tendió su mano para tocar las frágiles figuras de porcelana que estaban sobre una estantería a la izquierda. Arturo, prevenido, interceptó su mano con suavidad.

- Déjalo... de momento. Tengo algo mejor que mostrarte, si te gusta el cine, Lucinda. Sígueme. Por cierto, me llamo Arturo.

- ¿Arturo? ¿Como el rey? No tienes cara de llamarle Arturo. No, señor. Tal vez Federico o Wally... Wally te sienta bien. ¿Quieres que te llame Wally?

- Llámame como quieras, pero sígueme. Y por favor, no toques nada - dijo Arturo conteniéndose.

Llamó a Tony para que se hiciera cargo del mostrador y se dirigieron a la sección de libros cinematográficos. Lucinda lo siguió mirando a ambos lados del pasillo como si fuera una niña en una pastelería. Aunque la distancia era corta, a Arturo le parecieron

kilómetros. Lucinda se paraba a cada momento: «¡Jo, el vinilo de Sticky fingers con la cremallera!», «¡La máscara del tío Creepy del '67! ¡Qué pasada!» «¡Mira, mira, una maqueta de *Vampirella* de Aurora! Tenéis cosas muy chulas aquí, Wally» , y «Wally» asentía mientras amablemente evitaba que las manos de Lucinda tocasen aquí y allá esos tesoros. ¿Cómo podía ser tan rápida? Parecía un pulpo espídico o un trífido desbocado. Suspiró aliviado al llegar a su destino.

- Mira, aquí tenemos la biblioteca cinematográfica. Intentamos tener de todo. Si te gusta el cine, es un buen lugar para empezar. Puedes leer sobre estilos, directores o actores. Luego podemos pasar a la sección de películas y elegir las que te gusten. Dijiste que te iban las comedias, ¿algo en especial?

- Bueno, mientras sean buenas, me vale. Algo al estilo Ricky Gervais o así.

- O sea, de Adam Sandler, no.

- ¡Por supuesto que no! ¿Me ves cara de series como *Hannah Tontana* y sucedáneos? Debería haber una sección en los Razzies dedicada exclusivamente a las películas de Adam Sandler. Y a veces no los ganarían... por malas.

- Mujer, alguna se salva...

- Sí... las que no ha hecho. De todas formas, tengo que confesar que tengo una deuda con sus películas: me han hecho buscar otras huyendo de ellas. ¿Sabes que me las ponían cada dos por tres en el internado? Creo que por el tema de los castigos y la disciplina inglesa. No las aguantaba, era superior a mis fuerzas, y empecé a buscar algo más mordaz. Así he descubierto *Shaun of the dead* y *Arma fatal*, que me las pasó una compañera de clase.

- Buenas películas, sí, señora. Del estilo de *Shaun of the Dead*, ¿conoces *Braindead*?

- No, si es antigua no la conozco, y no por falta de ganas: es que no he tenido acceso a muchas películas clásicas en el internado, salvo algunas comedias como *Carrie* y *El resplandor*.

- ¿Comedias *Carrie* y *El resplandor*?

Arturo se preguntaba en que tipo de internado podían considerar estas películas como comedias. Pero tal vez fuera otra broma de esta chica, que estaba un poco loca (por decirlo de un modo compasivo). Por lo menos, por lo poco que había visto, sabía distinguir las películas con calidad. Tal vez, pensó, si se le mostrase más cine podría centrarse en algo.

- Pues has entrado en el lugar adecuado. Aquí podrás descubrir muchas películas que no conocías.

- Esa de *Braindead* que me comentas tiene buena pinta, Wally.

- Es una comedia gore de Peter Jackson.

- ¿El de *El Señor de los Anillos*? ¡Andá! ¿Había hecho otras películas antes? No lo sabía.

- Efectivamente. Antes de hacer *El Señor de los Anillos* ya había dirigido, entre otras, *Mal gusto* y *Meet the Feebles*, historias gamberras que no son para todos los estómagos. Con decirte que en una ocasión le regalé *BrainDead* a un amigo y a los dos días me la tiró a la cara y me llamó enfermo...

- Esto promete. Cuéntame más. Cada vez estoy más interesada en esa película.

- La verdad es que tuve algo de culpa. Solo le dije que era una comedia de terror muy divertida... pero no le advertí de que había... eh... un poco de casquería y chistes bestias. A mi amigo solo se le ocurrió preparar una sesión familiar con sus padres, abuelos, hermanos y sobrinos. Puso los refrescos, las palomitas y todas las chucherías pensando en una agradable velada al estilo de la familia Brady. Cuando empezó la película... Bueno, te puedes imaginar el resto: gestos de asco, hermanos que vomitan en plan asper-

sor, miradas asesinas hacia mi amigo... A pesar de todo, creo que algunos niños se partieron de risa (aunque muchos aún tienen pesadillas con los zombis). Pobrecillos.

- ¡Ni pobrecillos, ni leches! Los niños son muy sabios, Wally. Y más fuertes y maduros de lo que pensamos. Somos nosotros los que nos cargamos esa espontaneidad poniéndoles programas supuestamente educativos con ratoncitos con voz de castrati y presentadores tarados con comportamiento adolescente y coletillas en cada frase que los niños contestan como perros de Pávlov. ¡Me asquean esa panda de falsos fingiendo ser nuestros *colegas* y estar en la *onda*! ¡Patético! ¡Eso sí que es enfermo! ¿Has visto últimamente alguno de esos programas infantiles?

- Bueno... Hace tiempo que no...

- Pues no te pierdes nada. Todos parecen calcos del mismo programa con tipos guays y sonrisas más falsas que las promesas de un político.

- Eres un poco dura con ellos. Compararles con políticos es un poco insultante.

- Pues me quedo corta. Y encima los padres se creen que están haciendo un bien a sus hijos al enchufarlos a esa programación "cultural" todo el día. Los niños no son tontos: los hacemos tontos... y últi-

mamente muuuuuy tontos. Por higiene mental y supervivencia de la especie, hay que mantener esa incorrección política de los críos, por decir un término que odio bastante. ¿Qué es correcto o incorrecto políticamente? Dime. A mí me da igual. No quiero sopesar cada una de mis palabras por si molestan a algún imbécil que no sabe aguantar una avispa en la oreja...

- No me había dado cuenta, la verdad.

- A los niños, si les gusta algo, lo dicen sin pensarlo: un tío que resbala con un plátano y se cae por un barranco, una mujer que pone una olla a presión y se olvida de apartarla del fuego y que luego explota... en fin, ya sabes, esas cosas que hacen tanta gracia a los chavales.

- ¿A los chavales?

- Bueno, vale... y a mí también. Tengo que admitirlo. A pesar de todo sigo manteniendo esa inocencia infantil... Por cierto ¿Qué pasó con tu amigo?

- Ya no me dirige la palabra.

- ¡Qué bien! Eso demuestra que quiero... ¡no! Que necesito ver esa película. *Braindead*. Ya tengo una... ¿Más recomendaciones, Wally?

Arturo se la quedó mirando. Ya se estaba haciendo a la idea de que era inútil intentar recuperar su

nombre. Sopesó su respuesta llevándose la mano al mentón y, revisando mentalmente la conversación, tuvo una idea.

- Eh, tal vez... Sí, creo que te gustará, aunque no tenga sangre e higadillos. ¿Conoces la *screwball comedy*?

Capítulo 5: Tres súper tres...

Mientras Arturo y Lucinda estaban en la sección de libros, Tony se encargaba del mostrador, y al ver que no tenía que atender a ningún cliente, llamó a un amigo.

- ¿Homer? Sí, soy yo, Tony. Eh... tengo entradas para el preestreno de la nueva de Daniel Bellotari... Sí, sí, esa actriz tan sexy va a venir. Podemos ir a pedir autógrafos a la entrada... Sí, tranquilo, te paso la dirección... No, no te preocupes. Quedamos a las ocho... Espera un momento...

Tony se apartó del teléfono y se dirigió a un cliente, un chaval con greñas, chaqueta de cuero, granos en la cara y tupido entrecejo que estaba subido en una escalera en un equilibrio muy precario.

- ¡Eh, tú! - gritó enfadado- . ¿Cuántas veces te tengo que decir que no tengo ninguna copia escondida de *Resplandor sangriento*? ¡Deja de mirar detrás de esa estantería! ¿Me estás escuchando? - Tony volvió al teléfono- . ¿Homer...? Venga, te dejo o me destrozan la tienda. Adiós.

Soltó el teléfono a tiempo para esquivar una lluvia de películas y manuales de rol. Parece que hay días en que las estrellas, después de miles de años, forman una conjunción fatídica de esas que traen el fin del mundo y demás catástrofes. Sin duda, hoy era ese día D y el Xana donde empezaría el Ragnarok. El dependiente se quedó alucinado viendo el estropicio y al que lo había provocado, delante de él, sacudiéndose las películas de encima con mal guardado disimulo.

- Uh... Lo siento... - dijo con voz insegura. Tony le estaba fulminando con la mirada-. Pero, ¿seguro que no tienes una copia por ahí guardada de *Resplandor sangriento*?

El dependiente empezaba a perder los nervios, pero se contuvo apretando los puños. Comenzó a recoger las películas del suelo estoicamente mientras contaba por dentro hasta cien.

- Seguro - contestó mirándole con odio profundo.

- ¿De verdad? ¿No tendrás alguna copia para los amiguetes? Sé que a veces hacéis eso. A lo mejor, tu jefe tiene alguna...

- ¡Seguro que no!

- ¿Cómo puedes estar tan seguro?

- Por una sencilla razón: ¡¡Porque no existe!! - explotó cogiendo al insistente chico por la pechera-. ¡Es un título del que hablan en la película *Pesadilla Nocturna* y es de mentira!! ¿¡Te enteras!? ¡¡De mentira!! ¡¡Falso!! ¿¡¡Me entiendes o te tengo que poner subtítulos!!!?

El muchacho de las greñas se quedó mudo un rato... hasta que:

- Oye, ¿no me estarás diciendo esto para que me calle y no te moleste? Porque si tienes alguna copia, no se lo diré a nadie...

- ¡¡Fuera!! ¡¡Fuera de aquí!! - gritó con cajas destempladas y cara de muy malas pulgas, amenazándole con una película de Hugh Grant y señalando la puerta. Si hubiera sido de Chuck Norris seguro que se la habría lanzado con todas sus ganas.

- Vale, vale. No te pongas así. ¡Joder! ¡Cómo se ha puesto! ¡Qué dependiente más borde! ¡Un día te la vas a ganar!

Mientras el afrentado fan salía por la puerta del Xana se cruzó con tres personas que entraban. Se los conocía como los Sixtos, porque ese era su nombre: Sixto I, Sixto II y Sixto III (Sin duda, un dechado de imaginación por parte de su familia). Siempre iban vestidos al estilo siciliano con trajes oscuros y corba-

ta gris, pelo engominado hacia atrás y pequeños bigotillos y, como rasgo distintivo, unos alfileres de corbata con la cara del demonio, cada uno de un color: Azul, verde y rojo. Era el tipo de gente que te encontrarías en tu peor pesadilla asustando a tu peor pesadilla.

Tony estaba recogiendo del suelo los libros y las películas, refunfuñando y ensimismado en su cabreo, acordándose entre dientes de la familia del chico de la chaqueta de cuero. Sixto II se acercó al dependiente.

- Disculpe...

- ¿¡Qué quiere!?! - Tony se volvió gritando sin ver quiénes eran, aún enfadado, pero, al percatarse del aspecto siniestro y amenazador de su interlocutor, se atragantó y sintió un inesperado escalofrío en la columna. Sacando fuerzas de flaqueza alcanzó a arrancar unas palabras atemorizadas-. Que... que digo que... ¿Qué desean?

- Lo que deseamos es asunto nuestro. Pero cuando alguien quiere saberlo, se convierte en asunto suyo. ¿Me entiendes?

Sixto II hablaba en la mejor tradición de *El Padrino*. Tony se quedó alucinado y sopesó sus próxi-

mas palabras, que bien podrían ser las últimas, antes de contestar.

- Eh... no... pero lo voy a intentar.

- Lo que Sixto II te quiere decir es que si te metes en nuestros asuntos, ¡¡zas!! - dijo Sixto III haciendo el signo de cortarse el cuello. El dependiente se asustó un poco más si cabe. Sixto III lo cogió del moflete con una gélida mano y una sonrisita aún más gélida y le susurró-. Veo que ahora lo has entendido... Chico listo.

El dependiente intentó hablar, pero Sixto I se llevó el dedo a la boca para pedir silencio, sí que calló mirando nerviosamente de un lado a otro.

Al fondo de la tienda, Arturo seguía con Lucinda y la *screwball comedy*. Le mostraba un libro que hablaba de Howard Hawks y otros directores afines. La chica estaba muy atenta observando un fotograma de *La fiera de mi niña* como si hubiera descubierto un tesoro. Un sexto sentido hizo que Arturo mirara hacia el mostrador y, entonces, se percató de que su compañero tenía problemas.

- Si me disculpas, Lucinda... Tengo que resolver una cosa.

- No hay problema, Wally - respondió sin levantar la mirada del libro- . Me quedo por aquí viendo si hay algún libro que me interese...

Arturo se dirigió al mostrador todo decidido. Tony, al verle llegar, suspiró aliviado.

- Caballeros, ¿les puedo ayudar en algo? - preguntó intentando imponer un poco de respeto y sin darse cuenta dónde se metía.

Los Sixtos se le quedaron mirando con una mirada mezcla de Robert de Niro en *Taxi Driver* y Alex y sus drugos. Arturo se asustó, tragó saliva y puso cara de circunstancias.

- ¿Eres el responsable de aquí? - dijo con voz grave Sixto I.

- Más o menos... - respondió.

Los Sixtos soltaron a Tony, que empezó a escabullirse disimuladamente, y centraron su atención en Arturo, que estaba dándose cuenta que no había que hacer de héroe bajo ninguna circunstancia. Tony se había escaqueado y él se había quedado solo. Ya arreglaría cuentas con ese traidor después. Sixto I continuó hablando.

- Bien, no nos gusta tratar con esbirros de tercera. Un consejo de nuestra madre. «Siempre id a por la cabeza. La cabeza es la clave. Hasta reventarla.» suele

decir. Nuestra madre. ¡Qué gran mujer! La queremos mucho. ¿Sabes? - Sixto I abrazó a Arturo como si fueran colegas-. ¿Tú tienes madre, eh... - miró la chapa con el nombre en la camisa de Arturo-. ...Arturo? ¿Me permites que te tutee, no? Claro que sí. Pues sigamos. Tú tienes madre, Arturo. Y sabes lo que es una madre... Me imagino cómo es la tuya. Casi puedo verla, y me pregunto: ¿qué sentirá haciendo la calle todo el día?

Arturo se sobresaltó. Sixto I se puso duro y apretó el abrazo antes de seguir.

- Porque... tú eres un poco hijoputa, ¿verdad, Arturo? ¿¡Verdad!?

Apretó más su abrazo esperando la respuesta. Arturo se estaba ahogando.

- ¡Cogh! ¡Cogh! ¡¡¡Si!!! ¡Cogh! - contestó. Sixto I soltó un poco el abrazo.

- Me gusta la gente que sabe lo que es y lo admite. Sí, señor. Gente con principios. Tú eres un pobre gusano y lo admites. ¿Verdad? - y apretó la tenaza otra vez.

- ¡Cough! ¡Cough! Sí. ¡Cough! Se hace lo que se puede.

Sixto I soltó un poco y se rió.

- ¿Se hace lo que se puede? ¿Se hace lo que se puede? ¡Qué gracioso es este hombrecillo! ¿No lo creéis así, hermanitos?

- Sí, es muy gracioso. Tanto como mear cuchillas - respondió Sixto II.

- Venga, déjate de chácharas, Sixto II, y vamos al grano - cortó Sixto III y se dirigió a Arturo señalándole con un dedo que parecía el cañón de una pistola-. Mira, capullo, estamos buscando algo y no admitiremos un no por respuesta. ¿Lo comprendes?

- Bueno, ahora que somos tan amiguitos, quisiéramos hacerte una consulta profesional - siguió Sixto II-. Arturito, muchacho. Estamos interesados en una película que no sé si conocerás. A ver si nos puedes echar una mano.

- ¿Cuál es el título? - preguntó paladeando el aire que pasaba rozando sus pulmones de nuevo. Si era algo relacionado con el cine, pensó que habría alguna posibilidad de salir de este lío sin que le rompieran alguna de sus extremidades favoritas.

- *Resplandor sangriento.*

Arturo se quedó helado. La posibilidad de salir del lío se acababa de esfumar. Temía responder, lo temía mucho. Sabía que la respuesta no les iba a gustar.

- Eh, bueno... Es que... Bueno, es que... Eh... esa película no existe.

- ¿¡Como dices!? ¿¡Me estás tomando el pelo!? ¿¡Me ves pinta de pringao!? - gritó Sixto II mientras Arturo se llevaba la mano al cuello asustado. Tenía que contestar rápidamente si no quería ver peligrar su integridad.

- No, no. Es que es verdad. Esa película no existe. Hablaban de ella en *Pesadilla Nocturna*, pero es de mentira. Nunca se ha rodado. Es un guiño al espectador riéndose de los que ven «esas películas gore».

Ante la noticia, los Sixtos se quedaron tiesos y con los ojos fijos en los de Arturo. Este se sintió como si fueran a decirle la nota de un examen que no hubiera estudiado. Sixto II empezó a hablar.

- A nosotros nos gustan «esas películas gore». ¿Se están riendo de nosotros? ¿¡De mí!? No me gusta que se rían de mí. ¿Tú te ríes de mí? Porque el modo como has dicho «esas películas gore» no me ha gustado. No me ha gustado nada.

Arturo empezó a temblar ligeramente y deseó haberse quedado ese día en la cama. Primero la humillación de Daniel, luego la loca esa que iba a destrozarle la tienda (Bueno, al final no era tan mala en comparación. Parecía una buena chica, aunque algo

cargante y atolondrada), y ahora esto... Pero no tenía tiempo de pensar en teorías de conspiración planetaria. Ahora tenía que salvarse como fuera.

- No, que va. Nada más lejos de mi intención. A mí me privan las películas gore. Pero todas, ¿eh?.. Justamente hace un momento decía que me encanta Peter Jackson y su *Braindead*...

- ¿Ese vendido? Ese tío para mí está muerto desde que hizo esa mariconada de *Criaturas Celestiales* - sentenció Sixto II.

- Pues le nominaron para el Oscar... - puntualizó Arturo sabiendo que tenía que morderse esa lengua suya de sabelotodo.

- Razón de más. Ninguna película gore ha sido nominada para los Oscar...

- ¿Y *El exorcista*? - comentó tímidamente el dependiente.

- Ahí te ha pillado, hermano - Sixto III metió baza en la discusión.

- ¿*El exorcista*? Esa no es gore. ¡¡Esa es una comedia!!! No me toquéis las narices, que me estoy sulfurando. ¿Vale?... ¿Dónde estaba?

- Con *Resplandor sangriento* - recordó Sixto I.

- Sí, eso. *Resplandor sangriento*. Arturo, mírame. Seguro que tienes guardada alguna copia por ahí. Ya sé cómo sois vosotros los de las tiendas de cine.

- Que no la tengo, que no.

- A lo mejor su jefe tiene alguna... - comentó Sixto III haciendo el juego de poli malo, poli peor y poli horrible.

- ¡Seguro que no!

El pobre Arturo ya no sabía qué decir. Sixto II perseveró en su interrogatorio.

- ¿Cómo puedes estar tan seguro de que tu jefe no tenga ninguna copia?

- Sí, eso... ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no la tiene? - dijo Sixto III apoyando a su hermano

- ¡¡Pero si ya te he dicho por qué!! ¡¡Porque no existe!! - saltó casi llorando.

No se lo podía creer. Se acordó de *El proceso* de Kafka con Perkins y se sintió cercano al personaje. La realidad supera a la ficción no una, sino mil veces. Sixto II se quedó parado un rato y se llevó la mano al mentón.

- Oye, ¿no me estarás diciendo esto para que me calle y no te moleste? Porque si tienes alguna copia, no se lo diré a nadie...

- ¡¡Dios!! - suspiró Arturo al borde del colapso.

- ¡¡Nada de palabrotas!! ¡Eh! ¡Que aquí nadie ha insultado a nadie! - terció enfadado Sixto II.

- Bueno... Sixto I se ha metido un poco con su madre - recordó Sixto III.

- Técnicamente no ha habido insulto - Sixto II matizó el comentario de su hermano-. Solo lo decía en plan coloquial. ¿Sí o no?

- Sí, así es. Solo en plan coloquial - corroboró Sixto I.

- ¿Ves? Lo que yo decía. Así que, tranquilidad y buenos alimentos - siguió Sixto II dirigiéndose al dependiente-. Arturo, me parece que vamos a buscar esa copia de *Resplandor sangriento*. Si no la encontramos, mejor para ti; pero si la encontramos... Uf. Mira, me estabas empezando a caer bien y las mutilaciones son tan... sucias. Venga, quédate ahí quietecito.

Arturo se quedó parado y asustado a un lado del mostrador mientras los Sixtos empezaban a buscar la película en la sección de cine destrozando cuidadosamente toda ordenación en las baldas cercanas con dvds y blu-rays. Allí, *Solo ante el peligro*, por un segundo todas las posibilidades pasaron por su mente con el tiempo ralentizado como en un plano ultracorto de un duelo de Sergio Leone. Si no en-

contraban nada (lo cual era lo que lo iba a pasar) se enfadarían y seguro que lo pagarían con alguien y ¿quién iba a llevarse el premio gordo? Se sintió como el cerdo en la matanza anual. Necesitaba un milagro para salir de ese nudo gordiano. Ese milagro, sin saberlo, tenía la forma de chica y estaba mirando libros de comedia, ajena a la tragedia que se estaba desarrollando a escasos metros.

Lucinda, viendo el libro que le había dejado Arturo, se interesó por una vieja película: *La fiera de mi niña* de Hawks. Parecía una historia divertida. Buscando más información reparó en un pequeño tomo sobre Katharine Hepburn que estaba un par de estantes más arriba en la librería. Allí podía estar lo que necesitaba saber. Se acercó e intentó alcanzarlo... pero no llegaba. Estaba muy alto y por mucho que se estirase ni siquiera lo tocaba. Pensó que a lo mejor era otro de los juegucitos pervertidos que se traían entre manos Wally y los otros dependientes aparte de lo de las trampas: poner las cosas en las alturas para ver lo que la gente hacía. Seguro que muchos lo dejarían después de intentarlo un rato, tras infructuosos intentos. Y los dependientes se partirían la caja viendo cómo los pobres clientes se marchaban con el rabo entre las piernas. ¡Pues eso

no iba a pasar! Ella no iba quedarse atrás, no, señor. Era un reto y ella nunca decía que no. Faltaría más.

Miró a un lado y a otro buscando algo a lo que poder subirse y entonces vio una pequeña banqueta que estaba a un lado. Contenta con su hallazgo, la agarró con decisión sin darse cuenta de que debajo había una calza que impedía que cojease. La puso con rapidez al lado de la librería y se acordó de la advertencia de Wally de que se estuviera quieta. ¡Qué chico más desconfiado! ¿Cómo podía haberle dicho eso? ¿Se creía que era una niña malcriada que no sabía comportarse? ¿En qué se basaba para pensar eso? Seguro que Wally estaba amargado por la rutina y lo pagaba con sus clientes. ¡Qué pena! ¡Tan joven y tan aburrido! Tal vez necesitara un revulsivo en su vida gris. Tal vez alguien podía ocuparse de hacerle ese favor.

Descartó seguir con ese pensamiento; ahora tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Se subió a la banqueta sin darse cuenta de que se balanceaba y se centró en alcanzar el libro. Aún le faltaban unos centímetros, pero lo iba a conseguir, claro que sí. ¿Cómo no iba a conseguirlo? ¿Quién en el internado dejó esa tarántula en la habitación de la pija de Julia Bottle subiéndose los dos pisos por el árbol que ha-

bía junto a la fachada? ¿Quién se metió por las alcan-
tarillas cercanas al colegio buscando cocodrilos albi-
nos y quién salió por los pelos inundando en su hui-
da el gimnasio?

Esto, en comparación, era pan comido, estaba
chupado. Recordando sus triunfos anteriores, la mu-
chacha hizo un último esfuerzo, alargó el brazo y
tomó con pulso firme el libro deseado... y en ese mo-
mento de triunfo, de tenerlo en su poder, con una
sonrisa en su cara, perdió el equilibrio y cayó hacia
adelante. Al principio pareció recuperarse agarrán-
dose a una balda cercana. Incluso resopló aliviada.
Pero la tranquilidad duró poco.

La librería empezó a tambalearse. Al principio un
poco, luego un poco más, cogiendo ritmo de twist.
Eso era malo, muy malo. La chica miró cómo bajarse
lo antes posible. Otra balda cercana llamó su aten-
ción y, al agarrarse a ella, se precipitó todo. La libre-
ría donde se colgaba Lucinda cayó golpeando la si-
guiente, que a su vez también cayó sobre otra produ-
ciendo un efecto dominó en el resto de librerías. La
chica, a salvo en el suelo y con su libro en la mano,
vio todo con los ojos bien abiertos. ¿A quién se le ha-
bría ocurrido poner así las librerías? ¿Otra trampa de
los dependientes, tal vez? Solo le quedaba una cosa:

sentarse y ver hasta dónde llegaba todo. Pensó que era una pena no tener palomitas a mano.

El estruendo provocado fue en aumento, como los truenos de una tormenta lejana que rompen el silencio de la noche con un crujido eléctrico.

Sixto III, que estaba más cerca del epicentro de la Zona Cero, levantó la cabeza asombrado por el ruido.

- Hermanos, escuchad. ¡Ese ruido! ¡Viene del fondo!

- Tal vez sea una redada - aventuró Sixto I- . Creo que es el momento de ahuecar el ala.

- Buena idea. No quiero pasarme una velada con los sospechosos habituales. Esta tarde tengo partido de paddle y no quiero que Gonzalito piense que no voy porque le tengo miedo - comentó Sixto II mientras dejaba caer disimuladamente *La pequeña tienda de los horrores*, la versión musical de Frank Oz.

Arturo, ante estas palabras, se sintió liberado. No quiso mover ni un músculo, no fuera a ser que se rompiera el mágico momento. Los Sixtos, como un ejército de marines bien engrasado, se dispusieron a salir con una rapidez sobrenatural. Antes de hacerlo, Sixto II se volvió hacia Arturo, que se sobresaltó ante

la mirada de ojos de serpiente del hombre de traje oscuro.

- No te preocupes. Esto no ha terminado, Arturito. Volveremos en otro momento y zanjaremos nuestro asunto... definitivamente. *Ciao*.

El dependiente miró con una cara mezcla de circunstancias y pánico, y un temblor de escalofrío empezó a apoderarse de él. La sentencia se había retrasado pero la espada de Damocles aún colgaba del techo. Por el momento estaba a salvo y, como decía Escarlata O'Hara, «Mañana será otro día». Resopló aliviado para descargar la tensión e intentó recobrar la compostura. Las preguntas, entonces, vinieron como el agua al soltar una presa. ¿Qué era todo ese ruido? ¿Tendría algo que ver con Lucinda? ¿Por qué hacía preguntas estúpidas de las que sabía la respuesta?